

ELENA Y LA MANIPULACIÓN DE GELI

La tarde había sido de lo más entretenida. Dos vecinas habían pasado a casa de mi abuela para que les diese su clase semanal de pintura y yo me había unido a ellas. Ese día tocaba observar los efectos de la luz sobre los pliegues de la tela, y como habría hecho el grandísimo Leonardo da Vinci, mi abuela había colocado una preciosa tela de terciopelo sobre una silla que nos obligaba a observar con detenimiento las zonas iluminadas y las que quedaban de forma natural en sus propias sombras. Parecía imposible de imitar en el lienzo, pero también debía ser mágico el pincel de mi abuela con el que daba los últimos retoques para mostrarnos cómo acabar la obra y lograba que fuese digna de cualquier galería de arte.

Al llegar la noche miré detenidamente la fuente de los deseos de mi abuela, la fuente de Aloma. Algo me atraía, parecía como si me hubiese hipnotizado. Mi abuela me había dado las buenas noches recordándome que quien sabe lo que busca, entiende lo que encuentra. “¿Qué pasará si pinto yo una piedra?”, pensé. Estaba deseando averiguar qué estaba pasando en el colegio, por qué Geli y las viborillas se comportaban así y cómo se sentían mis compañeros. Si Geli, Laura y Mar pudieran calzarse por un rato los

zapatos de mis compañeros, quizás lograrían entender cómo se sienten y el porqué era necesario que dejaran de comportarse así. ¿Y si nosotros nos calzásemos sus zapatos, descubriríamos el porqué de su comportamiento? Demasiadas dudas y cabos sueltos. Si esa fuente activaba algo mágico en mí, seguro que sería cuestión de tiempo, pero me ayudaría a iluminar las respuestas a mis preguntas. ¿Podría ser? En mi mente no sólo estaban archivadas las historias que yo había sufrido y observado, sino todas las que Rosa y Madi me habían contado (venían de tan lejos...). Aquella tarde había venido a mi cabeza la historia de Elena. Era una de mis compañeras y la más gordita de la clase (ya se sabe que nuestra genética, en condiciones normales, es la que determina cuáles van a ser nuestros rasgos físicos e incluso de otro tipo). A mí me encantaba Elena, era una compañera excelente. Y he comentado lo de la genética porque su alimentación era muy adecuada, al menos la que podíamos observar en el almuerzo y durante las comidas en el colegio, pero la genética viene a ser un código que determina infinidad de cosas en nosotros y esas "instrucciones" son las principales responsables de nuestro aspecto. ¿Esto lo sabíais? Es algo así como que nacemos programados para tener el aspecto físico que acabaremos teniendo (rasgos faciales, altura, talla, etc.). Madi me dijo que Elena era una niña muy activa y feliz al principio, que participaba alegremente en todo: jugaba al fútbol, echaba carreras, bailaba, salía

voluntaria a la pizarra... era muy divertida, hasta que a Geli le dio por ella y poco a poco fue haciéndole sentir cada vez peor, así que Elena dejó de jugar al fútbol, de salir a la pizarra, de realizar las actividades de educación física con interés... en fin, se negó a hacer todo lo que supusiese algún tipo de exposición ante los demás, para evitar que los demás se riesen de ella, que es de lo que Geli la había convencido. "Se burlan de ti a tus espaldas", le decía Geli constantemente para hacerle sentir mal.

Pinté una piedra con mucho cuidado e interés, como si lo que estuviera haciendo tuviera el poder de cambiar el mundo. Qué bonito es creer tanto en lo que se hace aun cuando no se tiene la certeza de que pueda llegar a suceder lo que desees. No fui capaz de formular un deseo concreto, pues mientras pensaba en mi fórmula mágica, el sueño se apoderó de mí al tiempo que *rumiaba* en mi cabeza la historia de la pobre Elena.

GELIDOLLY

(MI PRIMER SUEÑO MÁGICO)

Piiii... un policía iba por el paseo, tocando el silbato a pleno pulmón y abriendo paso a una enorme muñeca *chochona* viviente, aunque en este caso estaba rellena de aire en lugar de guata (para los que no lo sepan, una muñeca *chochona* es un tipo de muñeca muy querida en la época en que mi madre y mi tío eran niños. Había una en casi todas las casas y, como podéis imaginar, mi abuela todavía la conserva en casa. Era un poco rechonchona y tenía unos mofletes preciosos).

—Por favor... *piiiiiii...* dejen paso a la enorme Gelidolly, va a tocar el timbre de entrada al colegio y aún le faltan bastantes metros para llegar —gritaba el policía a derecha e izquierda—. ¡Noooo! Gelidolly, por favor, no te gires ni hagas movimientos bruscos, ¡acabas de cargarte una farola del paseo!

La verdad es que aquel policía parecía recién sacado de una comedia. Hacía unos aspavientos espantosos con los brazos para que la gente se hiciera a los lados, tal era así que no quedaba muy claro si la gente se apartaba voluntariamente o los alejaba él aventándolos con aquellos movimientos de brazos. Era como un enorme ventilador humano, como los

molinos de La Mancha, a pleno rendimiento, en un día de viento huracanado.

No debía ser el primer día que sucedía lo de la farola, porque la gente había adaptado una cancioncilla popular, conocida por todos, y la cantaban a coro, pero a coro, coro. Y no es un decir, no, es que cantaban a cuatro voces perfectamente empastadas, e incluso una señora había sacado un violonchelo que llevaba metido dentro del bolso para acompañar tan afinada música (en los sueños, todo es posible). Sonaba tan musical...

—Una *chochona* gorda por el paseo, ha roto la farola con su trasero. Al ruido de cristales, salió el gobernador, "¿quién ha sido la atrevida que ha roto el farol?" ...

La pobre Gelidolly ponía cara de circunstancias y sus preciosos mofletes sonrosados servían de repisa a sus párpados que se dejaban caer, tristes, sobre los mismos. Muchos se apartaban sin más y, a lo sumo, miraban con cara de sorpresa hacia donde estaba ella, pero otros la observaban y sonreían cruelmente, e incluso cuchicheaban o se reían entre ellos.

La entrada al cole fue muy complicada, pues Gelidolly no cabía por la puerta.

—*Piiiiiii...* por favor, apártense, un par de helicópteros van a realizar una peligrosa maniobra para facilitar el acceso de Gelidolly a la escuela — gritaba el policía, que no dejaba de hacerse el

interesante mientras seguía dirigiendo y aventando a los presentes con sus aspavientos.

Dos helicópteros idénticos a los que Miguel solía llevar guardados en su mochila, y que había construido con bloques, aparecieron surcando el cielo, y cuando digo idénticos, me refiero a idénticos en todo, inclusive en tamaño. Más pequeños que un gorrión, cada uno de ellos descolgó un columpio acrobático a los que Gelidolly se asió rápidamente, agarrándose con fuerza a cada uno de ellos con una mano. El esfuerzo de aquellos diminutos helicópteros fue mayúsculo pero lograron elevar a la muñeca. Como si hubiesen estado ensayando toda la vida hasta ese día, Gelidolly comenzó a hacer acrobacias, saltos, piruetas y figuras en el aire. El público, entusiasmado, vitoreaba y aplaudía efusivamente y cuando, tras su salto mortal cayó perfectamente dentro del recreo, todos gritaban "bravo, bravo". Gelidolly estaba muy alegre, pero era cuestión de poco tiempo que esta emoción cambiase de nuevo.

Sonó el timbre y todos los niños se dirigieron a sus respectivas clases, mientras sus respectivas familias abandonaban el colegio. Bueno, todos los alumnos fueron a clase excepto Gelidolly que, sentada en un pequeñísimo taburete que guardaba junto a uno de los árboles del recreo, lograba colocar su vista justo a la altura de la ventana de la clase del segundo piso en la que estaban todos sus compañeros. Desde allí, con la ventaba abierta, Gelidolly era una más.

Justo al otro lado de la ventana, ya dentro de la clase, estaba sentada Elenusca.

—Buenos días, Geligordi, veo que has logrado entrar a tiempo —le dijo a Gelidolly con desprecio y sarcasmo—. Cualquiera día nos destruyas el edificio.

—Sabes bien que no me llamo Geligordi, te lo repito cada día —puntualizó la muñeca.

—Sí, bueno, vale, vale, Geligordi... no te ofendas —volvió a repetir.

Y en ese preciso instante entró la maestra por la puerta de la clase.

—Buenos días a todos. Buenos días, Gelidolly —dijo primero mirando a la clase y luego a través de la ventana.

Las clases transcurrían... con normalidad (dejémoslo ahí). Y llegó la hora de Educación Física, por lo que todos bajaron al patio. El profesor de Educación Física planteó una gymkana de juegos.

—Pito, pito, *colorito*... tú, tú, tú y tú. —El profesor eligió a cuatro alumnos para que fuesen eligiendo compañeros para hacer los grupos.

Todos querían ser elegidos los primeros, es como si su prestigio personal estuviese en juego. La pobre Gelidolly se echó hacia atrás. Sabía que tardaría en ser elegida, si llegaba a serlo, pero el destino puede llegar a ser muy caprichoso y convertir las cuestiones matemáticas en crueles desenlaces. Los alumnos eran veintiuno en total, así que cuando los cuatro grupos estaban equilibrados a cinco alumnos por grupo, sólo

quedaba una compañera sin equipo, ya suponéis quién.

—Bueno, pues un equipo tendrá un miembro más. Elige equipo, Gelidolly —dijo el profesor—. Voy a sacar unos conos del almacén de material mientras acabáis de formar los equipos. —Y se fue.

Y aunque Gelidolly había sido siempre muy hábil para las actividades de Educación Física, a pesar de su tamaño, de un tiempo a esta parte, gracias a las gestiones de descrédito de Elenusca, al más puro estilo mafioso, todos rehuían de Gelidolly, cada día un poco más que el anterior, pero menos de lo que lo harían al día siguiente. Así que las miradas de todos los alumnos se clavaron en Gelidolly pero no para animarla a unirse a ellos, sino todo lo contrario, suplicándole con su gesto que no eligiera su equipo. Sólo les faltaba decir “no, por favor”, aunque alguno llegaba incluso a balancear la cabeza de un lado a otro con disimulo.

Gelidolly paseó por todas esas expresiones y no sabía en qué equipo sería peor recibida. Pobrecilla, no comprendía este desprecio por parte de sus compañeros. ¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo? ¿De verdad eran tan importantes, para todos, los comentarios y calumnias de Elenusca? ¿Acaso no habían compartido tantos momentos de diversión y ejercicio juntos como para saber que Elenusca no estaba siendo justa, ni decía la verdad sobre sus habilidades? ¿Acaso no habían

conocido a la feliz y participativa Gelidolly como una más entre todos ellos?

Desolada, eligió el equipo en el que estaba precisamente Elenusca, que no disimuló una mueca de repugnancia que no pasó desapercibida para ninguno y que a todos les hizo bajar la mirada, porque en el fondo quizás no se sentían cómodos haciéndose cómplices de la situación... pero lo hacían. ¿Y por qué eligió este equipo, cuando quizás cualquiera de los otros tres habría resultado menos hostil para ella? Pues porque en este equipo estaban las que habían sido sus grandes amigas: Laurel y Océano (preciosos nombres que me recordaban a otros... No sé a vosotros...). Pero Laurel y Océano hacía tiempo que empezaban a dar la espalda a Gelidolly para darle la cara a Elenusca. Nunca habían tenido una personalidad fuerte y se dejaban arrastrar por las opiniones de los demás. Los estudios resultaban complicados para ellas y eso las hacía más inseguras todavía. Parecían calcadas en su forma de ser. Débiles, inseguras... siempre necesitadas de un líder al que seguir y del que recibir la seguridad que les faltaba. Hasta entonces habían sido grandes amigas de Gelidolly, que lejos de ser una líder negativa —como estaba resultando Elenusca—, les había transmitido valentía, libertad y fuerza con su ejemplo y les ayudaba siempre que le era posible. Pero nada de todo esto parecía existir ya. Gelidolly se dio cuenta de ello en el mismo momento en que se acercó al grupo, preparada para asumir las funciones que mejor pudiera realizar

para ayudar al equipo, como siempre, con toda la ilusión y energía de las que era capaz en ese momento, y todos hicieron corro para diseñar la estrategia del equipo, dejando a Gelidolly al margen, totalmente sola e ignorada. Y le dolieron los gestos de todos, pero los de Laurel y Océano le dolieron como si alguien le hubiese golpeado con un puño de acero en lo más profundo de su corazón.

Comenzó la gymkana y aunque todos tenían un objetivo que lograr, nadie había contado con Gelidolly. Intentó unirse a sus compañeros en cada una de las pruebas pero siempre recibía alguna mala respuesta por parte de ellos. "¿No ves que taponas mi camino?". "No puedes lograrlo, estás demasiado inflada". "Me vas a hacer rebotar, mejor no hagas nada". "Hazte a un lado, no queremos que ayudes, seguro que lo estropeas todo". "¿Pero tú te has visto?". Gelidolly se quedó paralizada. Sintió un silencio sepulcral a su alrededor aunque todos gritaban y se divertían (lo sabía porque les veía mover los labios, saltar y reír). Todo giraba a su alrededor y sentía la profunda tristeza de parecer invisible a los ojos de todos, a pesar de lo enorme que era.

Cuando todavía no habían acabado, sonó un silbato, soplado por un señor vestido de uniforme y un enorme bigote parecido al de Dalí. Cruzó con paso firme el patio para llegar hasta donde estaban todos. El profesor de educación física pareció identificarlo porque se puso serio y adoptó una postura de

formalidad y control de la situación mucho más severa de la que había tenido hasta ese momento.

—*Piiiiiii* —hizo sonar el silbato con energía—. Buenos días, soy el revisor de gymkanas del ministerio de fuentes mágicas. Necesito que todos ustedes me enseñen el carnet de pruebas superadas. ¡Adelante! —dijo imperativamente.

Todos se miraron sorprendidos y sin saber qué estaba sucediendo. No sabían quién era ese señor, ni el ministerio de fuentes mágicas y, mucho menos, qué carnet les estaba pidiendo.

—Venga, chicos, sacad del bolsillo el carnet y mostrádselo al revisor, por favor —dijo el profesor sin dar muestras de estar gastando ninguna broma—. ¡Vamos!

Atónitos y convencidos de que en sus bolsillos no había nada, alguno decidió seguir la corriente al profesor y al revisor y meter la mano en busca del carnet. Y los demás, mientras él seguía rebuscando sin encontrar nada, decidieron hacer lo mismo. Para sorpresa de todos, cada uno de ellos tenía un carnet en su bolsillo, efectivamente. En ese carnet se podía leer "gymkana mágica" y el nombre de cada uno de los alumnos escrito en él. Increíble. Estaban escritas todas las pruebas que habían tenido que superar: canastas, pesca, carrera de canguros, slalom con picas, relevo de calcetines. A cada uno de ellos le aparecían troqueladas con un agujero las pruebas en las que habían participado. Algunos tenían marcada una

prueba; otros, incluso cuatro o cinco. El revisor iba revisando los carnets y haciendo comentarios a todos: "Usted es un *vaguete*, debe participar más". "Es usted un abusón, debe dejar que sus compañeros también participen"... Hasta que llegó a Gelidolly.

—Ajá ¿Qué tenemos aquí? Gelidolly: ¿puedo saber por qué no ha participado en ninguna prueba? —preguntó seriamente mientras sujetaba el carnet.

Gelidolly miró a sus compañeros con cara de tristeza por lo que se veía obligada a explicar, y a la vez se sentía aliviada porque, por primera vez, alguien había reparado en lo que estaba sucediendo, pero Elenusca se adelantó para mentir.

—Señor revisor: Gelidolly nos ha explicado que no se sentía preparada para hacer estas pruebas, teniendo en cuenta sus enormes dimensiones que, sin duda, son un gran problema —dijo aparentando compasión por la enorme muñeca.

Y el revisor meditó durante unos segundos su respuesta.

—O sea, rindiéndose antes de intentarlo, ¿no? ¿Es eso cierto? —Y miró al resto de compañeros después de haber examinado el gesto de Gelidolly, que prefirió no responder. Ningún otro lo hizo tampoco, e incluso alguno reclinó la cabeza intentando desvincularse de lo que estaba sucediendo.

En ese preciso instante, cuando ninguno respondía ni intercedía por Gelidolly, permitiendo que la manipulación de Elenusca quedase por cierta, el

revisor sacó una potente linterna de su bolsillo con la que fue barriendo e iluminando a todos los compañeros, empezando por Elenusca, pero sin dejarse a uno sólo sin iluminar, incluido el profesor, y continuó hablando.

—Pues eso no es posible, ahora mismo les obligo a reiniciar la competición. Profesor Musculitos: rehaga los equipos.

—De acuerdo, señor revisor... Pito, pito, *colorito*... tú, tú, tú y tú, haced equipos —dijo mientras señalaba con el dedo a los cuatro nuevos electores.

—¿Cómo? —gruñó el revisor—. ¡Pero qué es esto! —Y sin pensárselo dos veces, se acercó a nuestro profesor y le dio una colleja en toda regla que nos permitió, además, descubrir que nuestro profesor Musculitos llevaba peluquín: un peluquín que salió disparado y se estampó en la cara de la directora que salía a saludar al revisor.

—¡Una rata! ¡Una rata! —comenzó a gritar y correr la directora sin ver por dónde iba, lo que hizo que tropezase con la jefa de estudios, que también salía a saludar al revisor (no habíamos visto nunca a ese señor, pero debía ser muy importante, porque todos le mostraban mucho respeto y querían saludarle y tenerle contento).

Todos comenzamos a reír de buena gana, y la directora y la jefa de estudios se metieron a trompicones al edificio, de nuevo, sin saber qué estaba sucediendo (¡bienvenidas al club de los incrédulos!).

—¡Qué forma de hacer equipos es esta! ¿Se ha parado alguna vez a pensar en cómo se sienten los niños que siempre son los últimos en ser elegidos? —dijo acusándole implícitamente por su falta de delicadeza y empatía—. Pensándolo bien, si yo tuviera que hacer un equipo de mis profesores favoritos, usted sería el último en ser elegido y sólo lo haría si no me quedase otro remedio. ¿Qué le parecería? ¿Se sentiría bien? Esta forma de hacer equipos predispone a los niños a sentirse “buenos” o “malos” y si esto sucede muchas veces, los propios niños empiezan a creerse mejores o peores. Muy, muy *requetemal*. Suspendido en *equipología*. Nos veremos en el examen de recuperación, espero que haya mejorado para entonces. —Sentenció el revisor.

El profesor se puso rojo como un tomate, pobrecillo, también daba un poco de pena, seguro que no lo hacía con mala intención, será que le faltaba creatividad, pero el revisor tenía toda la razón del mundo.

—Haré yo los equipos. Miraos la palma de la mano y observad el color del punto de color que acabo de hacer aparecer al azar en las mismas. Rojo, amarillo, verde o azul, esos con los colores de los cuatro equipos.

Estaban todos maravillados y no querían que ese revisor mago se fuese nunca del colegio. Cada dos minutos les sorprendía con algo nuevo y deseaban que eso no acabase nunca.

Gelidolly triunfó en su equipo. Nadie le ganaba en agilidad y velocidad y eso no fue magia, es que ella era así, aunque Elenusca se había empeñado el convencerle de lo contrario, poniendo a todos los demás en su contra (¡qué manipulables!), haciéndole perder casi toda la confianza que tenía en ella misma y empezando a hacerle creer, de verdad, que quizás no era capaz de hacer las cosas por su enorme tamaño, teniendo en cuenta que todos parecían pensar así. Pero la presencia de aquel inspector y sus palabras le animaron a dejar sus miedos a un lado y olvidar las etiquetas que creía que los demás le habían puesto. Gelidolly se animó de nuevo a ser ella misma, la de verdad, la auténtica.

Superó todos los records metiendo canastas, pero cedió muchas a sus compañeros de equipo para que todos tuviesen la oportunidad de participar. En el juego de pesca con cuerdas y picas, también destacaba, pero no fue todo lo rápida que era capaz para compartir con sus compañeros las cuerdas que había disponibles y así dejar que todos disfrutasen. En la carrera de canguros no sólo fue la más rápida, sino la más artística, pues cada uno de sus saltos venía acompañado de una bonita figura que todos sus compañeros imitaban motivados. El slalom de picas fue más complicado para ella, pero también hizo una buena marca, aunque no la mejor. Y en el relevo de calcetines, fue, junto con el compañero con el que

llevaba su pie atado, la que más calcetines logró colgar en la cuerda en la que había que tenderlos.

—Bueno, señorita Gelydolly, creo que queda claro que querer es poder y que no debe subestimar sus posibilidades nunca, ni utilizar la supuesta falta de ellas como excusa para no intentar las cosas —dijo dirigiéndose a ella, a la vez que le sonreía y guiñaba un ojo y con los brazos cruzados tras su espalda.

—Yo... —Quiso explicarse pero no le dio tiempo.

—Chsss... No hay más que hablar. Le felicito por haberse demostrado a usted misma y a todos los demás (que lo hubiesen podido poner en duda), que es usted capaz de hacer las cosas que se proponga. Y por haber dado ejemplo de compañerismo, humildad y solidaridad, merece, sin duda, ser nombrada *pichichi* de la gymkana —dijo orgulloso el revisor.

—¿Eso existe? —preguntó Elenusca ofuscada y verde de envidia.

—Claro que existe. Mirad. —Y empezó a rebuscar por sus bolsillos sin éxito hasta que reparó en el baúl de material que nuestro profesor había sacado del almacén—. ¡Ah! Ahí dentro debe de estar.

Sin mirar metió la mano hasta el fondo del baúl (y prácticamente todo su cuerpo) y extrajo del mismo un precioso trofeo con una estatuilla hecha a imagen y semejanza de Gelidolly.

—Curioso —dijo—. Se parece muchísimo a usted. —Y se la entregó satisfecho a Gelidolly.

Todos aplaudían y comenzaron a mantear espontáneamente a Gelidolly, que en cada elevación, y dado que se parecía más a un globo que a una muñeca, alcanzaba tal altura que antes de regresar hasta donde estaban sus compañeros, le daba tiempo de hacer varias piruetas, figuras y saltos mortales.

A un lado, Elenusca, apoyada por Laurel y Océano, sacó un alfiler del tamaño de una zanahoria, que parecía inofensivo (todo hay que decirlo, así son los sueños...), mientras miraba con maldad a Gelidolly.

—¡Que se lo ha creído! Se van a enterar todos de quién manda aquí. Esto no va a quedar así —dijo muy enfada y comenzó a caminar furiosa hacia Gelidolly con la intención de pinchar la muñeca globo que en realidad era.

—Claro que no va a quedar así —dijo el revisor que se había percatado de todo—. ¡*Cierracadabra!* —Y estas palabras lograron que la zanahoria-alfiler cobrara vida propia y persiguiese por el patio a Elenusca, Laurel y Océano, aleatoriamente, dándoles ligeros pinchazos en el culo, que les hacían dar pequeños gritos.

—Ay, ay...